

Recuento

Olimpiadas

El 5 de agosto de 1936, James Cleveland "Jesse" Owens, ante más de 100,000 espectadores del gigantesco estadio de Berlín, ganó la medalla de oro en los 200 metros planos. El mismo Adolfo Hitler presenció con una mueca de disgusto el triunfo del joven negro de 23 años, quien en el curso de las competencias obtuvo también las preseas de los 100 metros planos, el salto de longitud y fue clave en el equipo triunfador en la carrera de los 400 metros. Con ello batió los récords mundiales. Los juegos olímpicos de aquel año habían sido preparados por el gobierno alemán como si se trataran de una guerra, con la misma estrategia con la que se alistaron las campañas de Francia y de la Unión Soviética un lustro después. Los atletas fueron sometidos a una disciplina militar, imbuidos de un espíritu de cuerpo igual al del ejército y rodeados de toda la parafernalia médica y científica disponible. Los nazis no sólo buscaban dar una lección al mundo, sino demostrar por medio de las competencias deportivas que los miembros de la raza aria, eran por antonomasia superiores a todos. A todas horas la maquinaria propagandística de Goebbels difundía la especie, acompañada con el desprecio por los "negros mercenarios".

La XI Olimpiada no fue concebida por los anfitriones como una competencia entre individuos, sino entre Estados que se preparaban para la guerra. Para los atletas alemanes, la cuestión no era competir, sino cumplir con una misión o alcanzar un objetivo bélico, además de exaltar la lealtad a un régimen político. En cambio, ¿quién era Jesse Owen? Un joven afroamericano nativo de Alabama, pobre, que trabajaba como zapatero para costear sus estudios, que debía ceder su asiento a los blancos en todas partes, que no podía asistir a las escuelas de éstos ni a los hoteles, restaurantes o baños públicos reservados para ellos. En suma, era uno que no le debía ninguna lealtad a la sociedad que lo trataba a puntapiés. Años después contaría con amargura: *"Cuando volví a mi país natal, después de todas las historias sobre Hitler, no pude viajar en la parte delantera del autobús. Volví a la puerta de atrás. No podía vivir donde quería. No fui invitado a estrechar la mano de Hitler, pero tampoco fui invitado a la Casa Blanca a dar la mano al Presidente"*.

¿Entonces cómo es que Owen, derrotó a los mejores entre los mejores? La cuestión puede llevarse más allá: ¿por qué competir y por qué ganar en los deportes? Quizá la respuesta pueda encontrarse en el origen mismo de la actividad, que aunque regularmente va asociada a la competencia, ésta no le es consustancial. Lo que sí forma parte de su condición primaria es la idea del disfrute, de lo que se hace por placer y con libertad. No en vano la misma etimología latina de la palabra la diferencia del trabajo, indispensable para subsistir. De hecho, si todos los días del año estuviéramos viendo o practicando algún deporte, éste se haría tan tedioso como las faenas ordinarias. Jesse Owens con seguridad competía por él mismo, en una actividad que desde niño ejecutaba por placer y unida a sus pocos momentos de descanso. No

(continúa p. 16)

* Docente de la UACJ.

le interesaba mucho poner en entredicho la superioridad racial de los teutones o de los blancos de Cleveland donde vivía y padecía, sino disfrutar y mostrarse a sí mismo que podía alcanzar altas cimas.

Este episodio puso en su punto más alto la polémica sobre el carácter de las competencias deportivas y reforzó el "espíritu olímpico" que se apoya en la idea de una justa igualitaria, solidaria, humana, entre individuos que son pares entre sí.

Treinta y dos años después, en las Olimpiadas de México 68, otros atletas ganadores negros de Estados Unidos, Tommie Smith y John Carlos alzaron el puño, símbolo del "Black Power" al momento de recibir los premios y bajaron la cabeza cuando escucharon el himno nacional norteamericano. A diferencia de su antecesor, quisieron vincular explícitamente la lucha por la emancipación de los de su raza con su desempeño deportivo personal. Lo hicieron en un momento cumbre y aunque fueron inmediatamente desalojados de la Villa Olímpica y vivieron como apestados después en su país, su gesto formó parte de las luchas por los derechos civiles de los afroamericanos que al final conquistaron sus objetivos.

En los mismos juegos olímpicos de México, el entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz fue abucheado por la multitud el 12 de octubre de 1968, día de la inauguración. Aunque no se sabía todo lo ocurrido en Tlatelolco diez días antes, el "corre la voz" fue más poderoso que el silencio de la prensa y la TV. No se podía perdonar a un gobierno que había ordenado la masacre de los estudiantes. La masiva protesta ciudadana también se integró a las gestas por las libertades públicas en México, las de entonces y las que vendrían en los años sucesivos.

La edición número XXVII de las Olimpiadas confirma que el deporte es el único idioma universal, entendido por pueblos y comunidades de todos los orígenes y latitudes. También, de todos los tiempos. Puede, sin embargo, cuando es utilizado para finalidades "patrióticas", caudillistas o politiqueras, convertirse en una contienda de odios y lealtades aberrantes a equipos que han llegado a servir de pretexto para provocar guerras (recuérdese la infausta "del fútbol" entre Honduras y El Salvador) o reyertas de sangre entre aficionados (VO).